



Pasando a tu obra, en tu libro *Los calcetines solitarios* hablas sobre *bullying* y en *El paraíso de las ratas* hablas sobre corrupción. ¿Por qué crees es importante presentar esta cara no tan agradable (e incluso violenta) de la sociedad a la juventud?

Porque tendemos a ocultarle a los niños y a los jóvenes este tipo de problemáticas, un poco por protegerlos de esa realidad hostil a la que un día se habrán de enfrentar. En algún momento pensé que tal vez esa no era la mejor estrategia, que tal vez esa negación lo único que estaba haciendo era que tuvieran pocas herramientas para lidiar y para solucionar situaciones a las que probablemente ya se estaban enfrentando.

El *bullying* es más evidente, pero también me di cuenta de que la corrupción ya se da a temprana edad. Están expuestos o participan de este tipo de situaciones, o se dan cuenta de ellas. Entonces es un poco artificial esconderles esas temáticas. El desafío como escritor era abordar estos problemas de tal manera que no fuera demasiado agresivo, y que de algún modo fuera una puerta de entrada literaria atractiva para los lectores, que no fuera como entrar a una pesadilla. Ese fue el desafío artístico mayor.



¿Y cómo lograste ese equilibrio entre presentar una realidad cruda y que no fuera intimidante para los lectores?

La primera decisión fue hacer fábulas, que no fueran niños pegándose y molestándose, que hubiera esa distancia. En el caso de *Los calcetines solitarios* elegí que fuera como una especie de función de teatro de marionetas. Se me ocurrió que los personajes podrían ser calcetines y que así las situaciones de agresión e incluso de golpes se vieran con esta distancia: todo le está pasando a objetos inanimados. En el caso de *El paraíso de las ratas*, las ratas mismas son los agentes corruptos, aunque hay una alusión a los seres humanos como aun mas ratas que las ratas. También la idea era que hubiera una historia que te llevara al margen de los problemas tratados, que pudieras identificarte con los personajes sin decir “aquí vamos a hablar de un problema social”.

Trino, el dibujante de ambos libros, y yo, decidimos que íbamos a dejar una especie de final abierto; nada se concluye, no hay lecciones ni moralejas. La idea era que los lectores, que pueden ser los niños, pero también los abuelos o los maestros que leen con ellos, se involucraran en una discusión sin que hubiera una resolución narrativa. No está claro quiénes